

Revista Nacional *22*
DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación N° 2730
BARRIO: LA California
Av. 1ª Calle 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

—de—

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 12 de Mayo 1946

No. 684

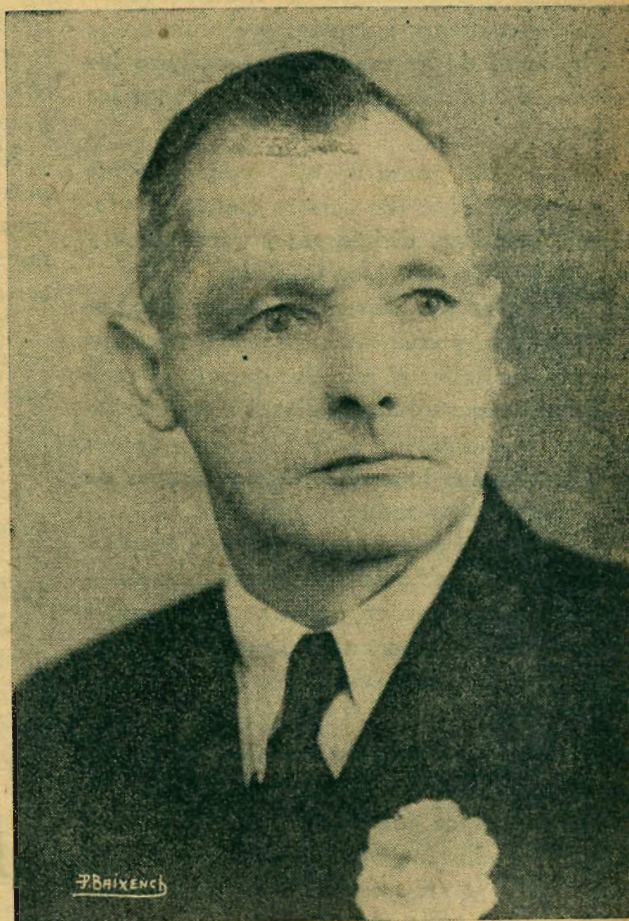
Don Guillermo Tristán Fernández

OFICINA DE CANJES
SAN JOSE DE COSTA RICA, AMERICA CENTRAL

Nos sentimos tristes al pensar que nuestro querido amigo Guillermo Tristán está enfermo, nuestro bondadoso colaborador no puede continuar su hermosísima labor de enaltecer a nuestras distinguidas matronas que fueron gala de la sociedad josefina, por sus virtudes, por su talento, por su piedad y porque fueron reinas en sus hogares donde ardía siempre la Lámpara Sagrada que iluminaba a todos los seres de la familia costarricense, no dejando jamás apagarla por el desprecio al juramento que hicieron ante el Altar, donde se juraron amarse eternamente en unión de sus hijos.

Guillermo está enfermo, y lo sentimos con todo nuestro corazón y deseamos que recupere la salud este amigo que conocimos desde nuestra infancia y a quien apreciamos verdaderamente y le seremos siempre agradecidas por su generosa colaboración. Rogamos a todos los suscritores de REVISTA COSTARRICENSE que eleven sus plegarias para que recupere la salud y vuelva a darle entusiasmo para deleitarnos con sus crónicas de nuestra antigua vida social.

SARA CASAL Vda. de QUIROS



¡De la mano de María!

Estar asido de la mano de María ¿puede existir práctica más consoladora y que con mayor seguridad nos afiance en el bien? ¿No es María nuestra Madre?

Y nosotros cualquiera que sea nuestra edad? ¿no somos toda nuestra vida los hijos pequeñitos de María?

Una madre guía a su hijo, condúcelo por entre los peligros, sosteniéndolo sobre el borde de los abismos, llévalo a través de las turbas revueltas y agitadas; y el niño asido de la mano de su madre sortea seguro los obstáculos, bordea los abismos, afronta los peligros.

¡Oh María! como un niño pequeñito me asgo yo también de vuestra mano; conducidme, guiadme, dirigidme; yo seré dócil y sólo querré lo que Vos quisieréis.

A nuestros pies abren sus fauces peligrosos abismos, y cuántos en número por desgracia. Sonríenos el mundo; querría el malvado atraernos a sus engañosos placeres, hacernos participantes de sus errores, de sus locuras, de sus bajezas. ¿Cómo escapar de sus halagadoras seducciones?

Caminando asido de la mano de María.

Antes de acercarnos a aquella reunión—antes de penetrar en aquella casa—antes de emprender tal o cual diligencia, preguntémosnos: ¿Me llevaría la Virgen a ese lugar?

Nos vemos cercados, oprimidos por la turba; por la turba de las pasiones, de los placeres, de los goces prohibidos, de las atractivas seducciones de un paganismo, obscuro sí, pero sobredorado. Es necesario atravesar por entre esas turbas. Ora nos empujan por la derecha, ora nos impelen por la izquierda, ya nos obstruyen el camino.

¿Cómo atravesar, sin riesgo de vernos arrollados por entre esas turbas delirantes?

Asidos de la mano de María.

Antes de tratarnos con esa persona—an-

tes de ligarnos con lazos amistosos con tal otra—antes de darles el afecto de nuestro corazón, preguntémosnos una vez más: ¿Me llevaría la Virgen a esa persona?

Dentro de nosotros se agita un revuelto tropel de las pasiones. Pasiones de la carne, del espíritu y del corazón, ostensibles en la ardiente sed de placeres, de riqueza, de amor, etcétera.

Aquí sí que habemos menester de ser dirigidos por la mano virginal de María. La turba de afuera podemosla esquivar muchas veces, al tropel interior es preciso dominarlo, avasallararlo, encadenarlo.

Mas, ¿cómo nuestra mano débil e inexperta domará ese tropel astuto y siempre renaciente, que de continuo aumenta en número, en ardor y en sed de nuevas victorias? ¿Cómo?

A nosotros solos nos es imposible... absolutamente imposible. Es necesario que María nos tome de la mano, sostenga nuestro brazo, pelee por nosotros y con nosotros. Entonces el triunfo es seguro.

Caminar asidos de la mano de María, no es únicamente, disponer de su ayuda, de sus luces y dirección, es, además, poseer la seguridad de marchar por buen camino.

Cuán penoso y torturador es este pensamiento: ¿Me salvaré? ¿Estoy en el camino en que Dios me quiere? ¿Hago la voluntad de Dios?

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería, donde encontrará usted: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas

Tranquilízate, alma piadosa; si amas a María, si la amas sinceramente, no hayas miedo. Su mano te guiará, y como Ella no te puede conducir sino hacia el bien, puedes estar segura de que un día llegarás al cielo.

No sueltes, por consiguiente, jamás la mano de María; es decir: No dejes nunca de amarla, de invocarla, de imitarla.

En las horas de tristeza, cuando el corazón es visto abatido, pulverizado acaso por los reveses, por las desgracias y contradicciones de todo género; cuando todo parece aunado para oprimirte y atormentarte, arrodíllate ante las plantas de la Virgen Inmaculada, y dile, si no con alegría, a lo menos con calma y resignación: Madre mía amadísima, asido estoy de vuestra mano, ayudadme a pasar esta tempestad; con vos nada temeré.

Cuando la enfermedad te apriete, imposibilitándote para desempeñar tus ocupaciones ordinarias y aún amenazando tu propia vida, oh entonces, fija tus ojos en la imagen de María, suspendida frente al lecho del dolor y repítele:

Dulce María mía, asido estoy de vuestra mano, no me soltéis... que quiero vivir y morir cerca de Vos.

Y esta mano maternal te conducirá o al término de la enfermedad o al lugar donde jamás podrás ser de ella alcanzado.

¡Oh, dichosas las almas que llegan a esas bienaventuradas alturas, llevadas por María, asidas de la mano de María! Las puertas del cielo abriránse ante ellas, los elegidos franquearán sus ordenadas filas para

dejarlas paso de honor, en tanto que los ángeles cantarán con júbilo:

¡Ved cuán amada de nuestra Reina es esta alma; que sea, pues exaltada, y glorificada y reine cerca de la Madre de Dios!

Y la Virgen la dispondrá un trono cerca, muy cerca del que Ella ocupa, porque aún allí, en aquellas felices alturas, esa alma dichosa continuará asida de la mano de María. El cielo no separará ya, antes prolongará por siempre jamás esa vida de intimidad y de amoroso abandono.

Exclamemos, pues, con San Buenaventura: ¡Oh tú, que desees llegar al reino de los cielos! escúchame: honra a la Virgen María, corresponde a su amor, y estarás seguro de llegar al cielo.

EJEMPLO

El Favorito de la Madonne

Nada tan conmovedor como la vida del dulce apasionado de la Virgen San Félix de Cantalicio, apellidado en Roma "el Favorito de la Madonna".

Había adoptado como camino para la santidad la práctica de dejarse guiar por la mano de María, cual el pequeñuelo por la de su madre.

Y la divina Virgen lo guiaba en realidad, ya fuese por entre las pruebas, las sequedades y las humillaciones, ya regalándole con las dulzuras y consuelos que proporcionan la vida de intimidad.

Y siempre el humilde hermano besaba la mano maternal de María y lo aceptaba to-

Para sus BUENOS LIBROS

La Librería Las Américas
Avenida Central **Teléfono 5507**

do como venido de su amorosa Reina.

Muy frecuentemente acompañábale la Santísima Virgen en la iglesia, cuyo cuidado le estaba encomendado, al pie del sagrado Tabernáculo. Allí el Santo rezaba en voz alta y cantaba las alabanzas de Jesús y de María, macerando a la par su cuerpo con rigurosas penitencias.

Cierta noche, en que de esa suerte se disciplinaba, golpeándose violentamente durante muy largo tiempo, un hermano que se había escondido en un rincón para accharle y edificarse con su ejemplo, no pudiendo contenerse le gritó: "Basta, basta Fr. Félix, no prosigáis más tiempo".— "¿Quién eres tú?", respondió el bendito Santo no poco asombrado y sobrecogido.— "Yo soy Fr. Lupo", repuso el otro, sacando de su escondite.— "Que Dios te perdona, dijo entonces el Santo entre disgustado y sonriente. Anda a acostarte, anda".

Este mismo Hermano fue otra noche di-

choso testigo de la aparición de la Santísima Virgen y del Niño Jesús a su querido siervo. Félix oraba animado de inusitado fervor. En un amoroso transporte, levántase, corre al altar mayor y humildemente prosternado, suplica y conjura a la santa Madre de Dios le dé a su dulcísimo Hijo, siquiera fuese unos breves momentos.

La Santísima Virgen, que se complacía en regalar a su favorito, déjasele ver muy luego y le pone en los brazos al Niño Jesús. El Santo lo recibe con suma reverencia, lo estrecha contra su corazón y comienza a testimoniarse las ternuras de su amor con miradas de amorosos besos. Y no cabiéndole en el pecho la felicidad se desahoga por los ojos con dulces lágrimas. En fin, deshaciéndose en cordiales acciones de gracias, devolvió el divino Niño a la misericordiosísima Virgen su Madre.

P. J. M. DE LOMBARDE

COMPRE

Lotería Nacional

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

De la excelencia del Ave María

(Continuación).

De las anteriores palabras de la Santísima Virgen, nuestra buena y tierna Madre, podemos colegir cuánto sea de su agrado que se la salute con el Ave María. Esta corta oración tan sencilla como sublime, salió de la mente misma del Altísimo, y contiene en su concisión las mayores alabanzas que pueden tributarse a la Augusta Madre de Dios; mejor, ni el entendimiento humano, ni el Angélico, ni aún el mismo Dios puede tributarle una alabanza mayor a María. Y la razón es muy sencilla. El entendimiento humano es muy limitado y no puede abarcar la grandeza de María cuya relación con Dios, tan íntima y estrecha, la coloca sobre todo entendimiento creado, y siendo condición necesaria para poder apreciar una cosa conocerla bien, no verificándose esto por lo que hace al conocimiento de María por el hombre, desde luego es también imposible que pueda tributarle mayor alabanza que la contenida en el AVE MARIA.

Tampoco puede el ángel ensalzar a María con mayor alabanza que la del Ave María, porque si bien el ángel tiene una inteligencia mucho más elevada que la del hombre, por lo que consiguientemente comprende y abarca mucho más que este, con toda su capacidad no es tanta que llegue a concebir debidamente la grandeza y digni-

dad de María; de consiguiente tampoco el ángel puede idear mejor salutación y más honrosa para María.

Y por lo que hace a Dios, no puede tampoco alabar a María con mayor loa, porque comprendiendo en su infinita sabiduría el mérito, grandeza y bondad de María, y haciendo todas las cosas con medida, número y peso, como conviene a su justicia infinita y al ser a quien da lo que corresponde, ha tributado a María en el AVE MARIA TODA ALABANZA DE QUE PUEDA SER CAPAZ.

El Ave María, es pues, la oración o fórmula de salutación más grata a María, porque en su origen es obra de Dios y Dios es perfecto en sus obras. Además, el Ave María recuerda a la dulcísima Madre el gran misterio que la sublimó y elevó a la diestra del Hijo de Dios: el misterio de la Encarnación. ¿Y quién podrá proporcionarle mayor contento que quien trae a su memoria aquella embajada divina, mensajera del estupendo prodigio que en ella obró el Altísimo, y aquellos sublimes transportes de vivísimo amor en que se inflamó su corazón cuando descendió a su seno el Hijo del Eterno Padre?

(Continuará).

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECEN: Finísima tela de puro lino para manteles de Altar, una yarda de ancho. Matin de seda blanco para novias, 2 yurdas de ancho

El poder de la Oración

Dice Monseñor Saliége, Arzobispo de Toluca:

¡Qué oración tan poderosa es el Rosario! Los principales hechos de la vida de Nuestro Señor y de la Santísima Virgen desfilan ante nuestros ojos. Al contemplarlos, sacamos de ellos las lecciones que encierran, en las circunstancias actuales, para nuestra vida interior; y, repitiendo Padrenuestros, Avemarias y Glorias, imploramos las gracias que necesitamos.

¿Necesitamos valor? — Recemos el Rosario.

¿Necesitamos luz? — Recemos el Rosario.

Necesitamos calma? Recemos el Rosario.

¿Necesitamos confianza? — Recemos el Rosario.

¿Necesitamos resignación? — Recemos el Rosario.

¿Necesitamos abandonarnos? — Recemos el Rosario.

¿Qué más queréis que os diga?

El Rosario: oración de los santos y de los pecadores; oración de los fuertes y valientes; oración de los débiles y los tímidos; oración de los niños y de las madres; en una palabra, la oración de las horas de tedio y de tristeza; oración de las horas de gozo y de esperanza.

Todos los días, recemos el Rosario!

Don Juan José Montealegre Gallegos

Profundamente sentido por toda nuestra sociedad ha sido el fallecimiento del aballero don Juan José Montealegre, perteneciente a una de las familias más distinguidas de San José. Toda su vida la dedicó al incremento de la agricultura, y su labor le permitió formar una apreciable fortuna. Formó su hogar con la virtuosa señora doña Amelia Rohormoser de

Montealegre donde crecieron numerosos hijos venerando a sus bondadosos padres. Fué un hogar cristiano y piadoso. Para su afligida esposa, hijos y demás miembros de la familia enviamos nuestro más sentido pésame. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Juan.

SUPLICA A LOS SUSCRITORES:
A nuestros suscritores: Les suplicamos perdonar todos los atrasos

de la Revista, debidos en su mayor parte por falta de fuerza eléctrica.

FARMACIA Dr. M. FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca

Interesantísima NOVELA que os llevará a viajar por países encantadores

Lo extraordinario es un premio de lotería en la rutina de lo corriente.

I

Nadine Ilescu subraya con trazo enérgico la palabra "Madrid". Y después, mecánicamente, releo la dirección que acaba de trazar en el sobre, de un verde muy pálido: "Sr. D. Juan Iraeta. Editorial Saturno". Con gesto pausado coge la pequeña pila de sobres colocada en el tablero del viejo bagueño. Y, uno a uno, los repasa. "Sig. Doña Virginia Landa. Hotel Exelsior. Roma". "M. Claude Hallières. 23, Avenue Hoche. París". "Mr. Robert Stanley. Villa Les Mimosas. Menton". "Sir Denis Graham. Patrik-Castle, Stuartfield. Scotland". "Sr. D. Jaime Vivanco. Legación de España, Istambul". Y en todas ellas subrayadas dos palabras: "Por avión".

Nadine Ilescu contempla pensativa estas seis cartas que en breve han de partir a sus destinos diversos. ¿Servirán para atraerle a aquellos cuyo ingenio desea captar durante unas semanas en Dambovitza?

La condesa Ilescu gusta de poblar de cuando en cuando la seudosoledad fastuosa de su palacio de frases exquisitas, de donaires galantes, de rebrillar de supercultura. *Gourmette* un poco hastiada de cuanto intelectualismo significa, necesita para estímulo de su paladar espiritual los platos más variados y nuevos. Por eso ha convidado a Juan Iraeta, ese joven escritor español, a quien sin duda despreciará Claude Hallières, pero cuyos libros se leen en todos los ferrocarriles del mundo, en las antecámaras de todos los dentistas y bajo los cascos de metal de todas las "permanentes".

Nadine, al echar una última mirada sobre las cartas que han de partir, se dirige a sí mis-

ma un definitivo "¿Por qué?", llamado a justificar su elección.

¿Claude Hallières? Porque es el más delicioso de todos los *causeurs*.

¿Robert Stanley? Por su imperturbable buen humor.

¿Denis Graham? Porque es Premio Normand. No escorba y rellena.

¿Jaime Vivanco? ¿Porque es Jaime Vivanco!

¿Virginia Landa? Porque entre tanto hombre hay que invitar a alguna mujer. Y Virginia, que escribiendo aburre a los pocos que la leen por su afectado preciosismo, tiene fama de enloquecer a cuantos se lo propone, siempre que se deja de cuentos y es simplemente "mujer".

Nadine Ilescu, sus sobres entre los dedos cargados de extrañas sortijas, sale a la terraza. A sus pies, el lago de aguas oscuras, sembrado de grandes cálices blancos —¡los nenúfares de Dambovitza, que parecen emanar luz propia!—, se va dorando de sol. Cruza la calma celeste el vuelo plata y rosa de unas garras. Abajo graznan los patos su parloteo cotidiano. Y en el fondo las colinas, negras de abetos, cortan el horizonte.

El mundo entero conoce este lago y estas colinas y estos abetos a través de los versos de Nadine Ilescu. Claro que sólo ese mundo reducido y amplio, selecto y exigente que lee la "Nouvelle Revue", los "Plumazos" y las "Ediciones Brasset". Ella, afortunadamente, no ha caído en la popularidad fácil de una Vicki Baum o de un Juan Iraeta. Poetisa de auténtica clase, comparada por muchos con Ana de Noailles, se ha rebelado cada vez que algún que otro crítico la ha tachado de "apasionada cerebral". Su gran simpatía por Claude Hallières, aunque ella no se lo confiese ni a sí misma, nació el día en que en sus "Hojas de Fuego", le había otorgado el título de "*la grande Amoureuse*".

Nadine Ilescu mira sus maravillosas manos, apoyadas en la balaustrada de piedra gris. Y alza su cabeza rubia, coronada de trenzas. ¡La gran enamorada! Sí, eso era. De cuanto significa estética y fina calidad. En el pensar y en el decir y en el gesto. Hermosa de una belleza clásica que acentúa con ropajes que hoy son de estatua y mañana de boyarda, Nadine se siente a la vez inspiradora y poeta, himno y lira. El que se haya suspirado por ella en el Barrio Latino, en el Ateneo de Madrid, en el Café Greco y entre las frondas de Heidelberg la ha dejado, en apariencia, indiferente. De Dambovitza había hecho como una especie de torre de marfil en la que estaba encastillada su viudez. Y sus actuales amigos poco sabían de ese conde Ilescu, millonario y *bon vivant*, que teniendo por esposa a una mujer superior, había exhibido en todas partes a una amigueta chata y tonta.

—¡Qué imbécil! —decían hasta los espíritus más vulgares al ver cruzar el escenario de las playas de moda y de los casinos cosmopolitas las ya conocidas figuras del robusto conde Boris y de su pizpireta acompañante; mientras que, inatacable e inatacada, la esposa lanzaba al universo desde lo alto de Dambovitza sus alucinantes cantos de amor.

Ahora hacía ya cinco años que era libre y dueña de sus destinos. Pero su vida en nada había cambiado. Gustaba cada vez más de rodearse de un reducido núcleo de amigos que, con ademán de diosa, iba seleccionando entre los que componían el moderno Parnaso. Algunos, los que tenían la fortuna de agradarle, veían repetirse la invitación a los festines espirituales del palacio rumano. Que ella, que también gustaba de esa otra apelación de "creadora de nosalgias", sabía hacer desear con sabios mutismos e indiferencias. Cuando alguno de sus favoritos ya acusaba en sus cartas su definitivo decaimiento en la desesperanza, le enviaba con repentina generosidad el famoso sobre verde, portador de una nueva ilusión.

El lago de Dambovitza se ha ido oscureciendo. Los nenúfares se sonrojan a las luces del Poniente.

Nadine Ilescu contempla sus manos de maravilla, cargadas de joyas, sobre la piedra gris de la balaustrada.

II

Virginia Landa bosteza. Su despertador, una caja de música napolitana, tintinea con desesperación. Virginia estira sus brazos. ¡Las doce! ¡Ya son las doce! Y a la una ha quedado con Enzo en tomar un *cocktail* antes de ir al *golf*. Virginia apoya su dedo, dotado de una larguísima uña morada, en el cuadro de timbres, junto a la silueta blanca que lleva una bandeja en equilibrio. De la mesa de noche coge un espejo redondo. Estudia el conjunto de su rostro.

¡Vaya, no está mal! Tiene buena cara. Todo lo buena cara que se puede tener con el lustre de la crema nutritiva en las mejillas y los rastros de la astringente en torno a los ojos. "¡Si me vieran!", se dice todos los días Virginia con una sonrisa cómplice al espejo. Ella no gusta de engañarse a sí misma. Sus ojos no son grandes. Casi no tiene pestañas. Su nariz es corta y su boca ancha. Una procesión de pecas salpica su *cutis*. Y su cabellera dista mucho de ser abundante. Virginia sonríe. Y, sin embargo, dentro de una hora será la mujer más atractiva que se encarama en las banquetas del "Messina".

Virginia vuelve el espejo. El otro lado tiene la misión de aumentar hasta lo inverosímil los menores desperfectos de su tez. Los poros abiertos. Los diminutos puntos negros. Los pelitos que se atreven a brotar de nuevo junto al fino trazado de las cejas. Y las rayas imperceptibles, pero no por eso menos crueles, que trenzan su red reveladora junto a los ojos. Ella recuesta la cabeza. Con dedos investigadores palpa la línea firme de su mandíbula. Investiga después los trazos horizontales de su cuello. ¡Bien! Por esta parte todavía no hay peligro. Tras una llamada discreta, penetra el *sommelier* empujando la mesa cubierta de fruta, mermelada y nata fresca. Virginia cuida de su régimen como una estrella

de la pantalla. A días alternos, una hora de masaje. Tras el almuerzo, nueve agujeros de golf. Cuando puede, unas galopadas a caballo y como obligación ineludible, un buen rato nocturno dedicado al baile. Belleza obliga.

Entre las porcelanas del desayuno, la correspondencia. Tres cartas. Virginia rasga: "Mi Virginia adorada..."

¡Ay, Dios mío; todavía ese joven pintor español, con quien tuvo un flirt pasajero hace un año! La verdad es que estos españoles toman terriblemente en serio las cosas. Son gente poco civilizadas. Qué le pudo gustar a ella, en realidad, en aquel Daniel Ibáñez tan desaliñado, tan bohemio, tan desesperadamente pobre? ¿Quizá un sentimentalismo basado en el recuerdo?

Virginia Landa era hija de un pintor español, desaliñado, bohemio y desesperadamente pobre, que en sus mocedades vino, como tantos otros, a estudiar a Roma y se quedó preñado para siempre en el hechizo de la ciudad eterna, sin dejar de ser desaliñado, bohemio y desesperadamente pobre. Su hija, en contraste, nació con sentido práctico. Poseedora de aquello que los franceses llaman "la belleza del diablo", con una intuición para la intriga y el coqueteo ejercitados en el mundo equívoco en que se movía su padre, logró, después de muchas habilidades, que un respetable médico argentino cometiese lo que ella misma llamaba "la locura" de casarse con ella. Dotada de una viveza de espíritu y de una memoria excepcionales, Virginia, durante los años que permaneció junto a su marido en Buenos Aires, se dedicó a cultivarse. No hubo libro "de esos que tienen que haberse leído" que no devorase, ni conferencia de cierta altura que no honrase con su asistencia. Harta de haberse considerado "al margen de la sociedad", sólo tenía una ambición: hacerse, dentro de una cierta élite internacional, primero un sitio, después un nombre. Adoptó una pose seria y cambió no sólo su lenguaje y sus aficiones, sino hasta el tono de su voz y la intención de su mirada. Un hermoso día se lanzó a escribir, con la audacia de un nadador novel que se tira desde

un trampolín. Su novela, que, según algunas malas lenguas, había sido corregida y aumentada por un talentuado y abnegado pariente del doctor, fué primorosamente editada. Un crítico literario a la moda que, y siempre según los mal intencionados, degustaba a menudo la buena cocina de casa de Landa, arrojó en puñados halagadores los ¡ahs! y ¡ohs! de su admiración a los pies de la debutante. El público en general se mostró indiferente. La tesis, rebuscada, era poco humana y no gustó. Virginia, en su segunda novela, estrenó, resuelta, un nuevo estilo y un nuevo colaborador. Esta vez, una revista literaria futurista la hizo objeto de hiperbólicos elogios. Y esa minoría selecta, que no es La Minoría Selecta, sino su caricatura, y que, como Diógenes, anda siempre linterna en mano al descubrimiento de nuevos valores, se apasionó por la prosa de la nueva escritora, sin que nadie supiera bien por qué. También en esta ocasión los "se dice" trezaban, en torno al nombre de Landa, su guirnalda maligna. Pero joven, guapa, rica y de día en día más halagada, la ya "conocida escritora" saltaba con pies ligeros por encima de los zarzales de su camino, cuidadosa de no dejar en ellos ni la más fina malla de sus medias de seda. Virginia no prodigó su literatura. La limaba, pulía y repulía, como la manicura sus uñas. En el inagotable campo de sus lecturas iba cortando a destajo las flores que más le agradaban, para replantarlas con habilidad en los terrenos a menudo yermos de su imaginación. Por eso no era de extrañar el que sus amigos no se pusieran jamás de acuerdo sobre el "linaje espiritual" a que pertenecía la novelista. Unos creían reconocer indicios "ibsenianos"; otros, remembranzas de Maeterlinck. Hubo quien halló entre su prosa trazos de Unamuno, y quien subrayara semejanzas con Bernstein. En realidad, había de todo un poco en aquellas producciones "espontáneas".

Después de unos años de trabajo, Virginia pudo decirse que se había salido con la suya. Si bien su nombre no era ni mucho menos lo que ella hubiese soñado, gozaba ya del privi-

legio de poder envolverse en su duramente ganada apelación de "brillante novelista" como en su mejor capa de *renards*. Los salones literarios se disputaban la presencia de aquella escritora guapa y admirablemente bien vestida, de aquella mujer chic que con interés desinteresado sabía escuchar las filosofías, las divagaciones y los autobombos de los demás. Animada por sus crecientes éxitos en todos los terrenos, Virginia decidió instalarse en París. Tomó un piso lujoso y supo recibir con una ciencia exquisita. Pronto fué agrupando no sólo en torno a su mesa, sino también junto a su nombre, los de los ingenios del día. Ella no se interesaba por los principiantes, por los oscuros, por los que necesitan subir. Sólo la atraían los astros. Y poco a poco su problemática fama de escritora fué eclipsada por su merecido renombre de mujer cautivadora.

Pero Virginia Landa aun no había llegado a la meta de sus aspiraciones. Don Carlos había tenido un buen día la discreción de dejarla viuda. Y al adoptar por unos meses el más fotogénico de los lutos, ella se dijo que ahora era cuando realmente empezaba su carrera.

III

Teresa Sandovai esconde la cabeza entre las manos y cierra los ojos bajo la suave presión de los dedos. Los siente cansados cansados, como toda ella. Tendrá que ir a hacerse graduar de nuevo la visita. Las gafas deben de ser ya flojas. Resa levanta la cabeza y la superficie curva y brillante de la lámpara de metal refleja su imagen. Una cara pálida de rasgados ojos de miope. La frente parece más alta de lo que es en realidad por la tendencia a caricaturizar del abombado. Pero, en cambio, los pómulos son menos salientes, más redondos, y la barbilla más corta. Resa Sandoval acaricia con las yemas de los dedos sus sienas hundidas. Decididamente, tiene mal aspecto. Le vendría bien un descanso cualquiera. Resa suspira. Vuelve a ponerse las gafas y recoge las cuartillas dispersas sobre la mesa. Cuidadosamente las va enumerando. Las mete en un cajón. Y después se levanta y estira un poco

su liso traje negro. Hay un silencio absoluto y un orden perfecto en el despacho. Teresa abre la puerta. La sala de visitas está desierta. Así como la hilera de habitaciones rectangulares y modernas que forman la Redacción. Ha tenido suerte de encontrar este edificio en el Madrid recién liberado. De la imprenta de abajo no llega ruido alguno. Las máquinas reposan en un sopor dominguero. Resa mira su reloj de pulsera. Las diez. Es tarde ya. ¡Ojalá encuentre pronto un taxi! ¿Se llevará las cuartillas, para corregirlas en la cama? ¡No, por Dios, ya ha trabajado bastante! Tiene derecho a esparcimiento. Soñará suavemente los capítulos venideros o leerá el último libro de Maurois. Junto a su despacho, en el pequeño tocador, se coloca de cualquier modo el gorro de punto. Decididamente, está más pálida que de costumbre, y los surcos junto a sus labios afirman su fino trazo. Tendría que descansar. Sí, tendría que descansar.

El portero la saluda, solícito:

—Buenas noches, doña Teresa. ¿Quiere usted que vaya a ver si le encuentro un taxi?

Resa se recuesta en el ángulo del coche. Le arden los ojos. ¡Sin falta, irá mañana al oculista!

"Soy imbécil — se dice—. ¿Por qué trabajo tanto? ¡Si ya no necesito matarme! ¡Si ya he hecho bastante!"

El coche salta por los baches de la Colonia del Viso.

—¿Por dónde es, señorita? —indaga el chofer, como siempre

Y Resa, como siempre, explica:

—La segunda calle. Tuerce usted a la derecha. La tercera calle. Tuerce a la izquierda. El cuarto hotel.

Al fin, en casa.

Fermina protesta:

—No debiera venir la señorita tan tarde. Y no debiera quedarse a almorzar en la oficina. ¡Yo que le había hecho unas empanadillas riquísimas!

Resa sonríe, un poco cansada.

Se ha tumbado en la cama turca y hunde la cabeza en los cojines.

(Continuará).

Apuntes

El vocabulario moderno tiende a suprimir la palabra pecado; y la conducta, el concepto de prohibido, sobre todo si se refier a las dos pasiones reinantes — la lujuria y la sed de oro.

Existe en nuestros días, un tipo especial de mujer que haciendo a un lado el Decálogo Divino, se ha formado uno, propio por el cual regir sus actos, sacando por supuesto, del cine, de novelas avanzadas, del trato demasiado familiar con los hombres; de revistas en las cuales se relata la vida de sus artistas modelos, envidiados tipos ideales, los cuales en algunos casos se han casado hasta siete veces, y otras tantas divorciado en busca del verdadero amor, y ¡todavía no lo encuentran! Dije mal no es un decálogo, es un sólo precepto —satisfécete a tí misma.— Antogónico a este precepto — sacrificate en bien de tu prójimo.—

Sacrificio requiere la misión de los padres, de los hijos; sacrificio y en grado sumo, la misión del maestro y la del médico; la del niño, del obrero, del que manda, del que obedece, sacrificio en todos los estados y en todos los seres,—sacrificio es nobleza del alma—Sacrificio es fraternidad.—

Muchachas que tienen parte, y talvez mucha, en las actuales tragedias sociales son aquellas frívolas, supongo que más inconscientes que otra cosa; que coquetean con hombres casados en escandalosa provocación, sin pensar que con esto destrazan hogares legítimamente constituidos y vidas de esposas modelos y de hijos inocentes. Jóvenes que olvidaron, o que nunca han aprendido, el recato, la pureza, la moral cristiana; que no alimentan su alma con el Pan Divino de la Santa Eucaristía—que es fortaleza para el

débil y refugio en la tentación.

Hombres maduros que tienen una compañera abnegada, cariñosa, que la quieren con amor nunca desmentido; un hogar confortable e hijos que educar; hombres que parecieran superiores, y que lo lógico fuera que en sus ratos de ocio sintieran el ansia del libro que cultiva, que eleva el espíritu sobre las bajezas humanas, o la inquietud obligatoria de la cooperación social, que requiere para su mejoramiento, toda la energía de que el hombre es capaz; los vemos a menudo olvidando toda nobleza, prodigar su tiempo, sus caricias y su dinero, en brazos que se le tienden, más que a su persona, a su libro de cheques.

Esposas vanas que descuidan por días enteros a sus maridos y a sus hijos. Esposas derrochadoras, exigentes, mal humoradas, en fin incomprendidas, como se estila decir hoy día.

—Mujer que no tiene el valor suficiente para negarse a sí misma; para pagar todo egoísmo con largueza de amor; que no es heroica en los pequeños y grandes choques de la vida y cuyo espíritu no está pronto a derramar el bien; no puede ser esposa en toda la extensión de la palabra.

Matrimonios que juran ante Dios, en el Altar, formar un hogar en que se respete la fidelidad conyugal, la indisolubilidad del matrimonio, el cumplimiento del deber, el honor, la conciencia de la responsabilidad y ¡qué fácilmente son perjuros!

Hay unas palabras del Señor tremendas, con los padres que escandalizan a sus hijos, que los hacen conocedores de sus adulterios, de sus errores morales, que los constituyen, víctimas de sus injusticias y estas son: "Quién escandalizare a uno de estos parvulillos que creen en mí, mejor les sería que les colgasen una de esas pie-

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

dras de molino que mueve un asno, y así fuera sumergido en el profundo del mar".

Sé muy bien que en tiempos de nuestros padres y abuelos se cometían, como en los nuestros, las mismas faltas, pero no con tanta frecuencia, y orgullo y acción corriente era, el sacrificarse por un deber; y hoy, con harta frecuencia vemos sacrificados los más santos deberes por satisfacer una sola pasión. Antes cuando triunfaba la carne sobre el espíritu, y la débil voluntad no podía sostener una conducta recta, esto se tomaba como una derrota moral; como una flaqueza; como un acto clandestino que no gustaba de exhibirse en

público para evitar el escándalo y no aumentar la humillación de los suyos: En realidad, porque tenían el sentimiento de la vergüenza propio del que ha cometido una falta; sentimiento tan raro, por desdicha, hoy día.

Y entre tanto, con honda amargura contemplamos, hogares que debieran ser templos de sólida piedra, como los vetustos edificios coloniales que han resistido erguidos el embate de los siglos, tambalearse y caer como castillos de naipes al soplo de la brisa, en el primer choque; porque estos se construyen en suelos falsos; sin bases morales; por arquitectos irresponsables.

ALEJANDRA

Ars, ya no es Ars

Continuación

libro de la vida cristiana... Centros de interés son éstos que no buscan el interés del maestro, sino el puro interés del discípulo, que así lo entiende, lo aprecia, lo ama y con él se identifica tarde o pronto, hoy o mañana; pero siempre en un mañana próximo.

Buscad vosotras estos centros de interés y veréis cómo vuestra escuela siempre es moderna, es nueva, es de actualidad, es vital, sugestiva... Y, reparad en que pongo frases de la más moderna Pedagogía, que no hace sino copiar la más antigua lección de la Iglesia, única y verdadera maestra de toda edad y tiempo, que da en sus Santos, los más insignes e inmortales pedagogos.

Tengo cerca de mí unas cuantas maestras que no salen de su asombro al vislumbrar la gran relación que existe entre la ciencia humana y la ciencia divina; y es que por desgracia tuvisteis algunos profesores que no sólo vivían divorciados de la Iglesia, sino en pugna con ella, y hasta llegaron a decirnos que la doctrina de la Iglesia es atraso, incultura, oscurantismo, ignorancia... Pues si los despojásemos de lo que ellos recibieron de la Iglesia, sin saberlo, sin conocerlo, sin estimarlo, se quedaban sin métodos, sin libros, sin solidez de doctrina,

sin argumentos y hasta sin diccionario... Así viven y así medran...

Pero no es cuestión de perder el tiempo en Ars, descubriéndoos aquí lo que tan patente está en todas partes. Sigamos estudiando y aprendiendo pedagogía viva...

Ya hemos visto que el trabajo en esta aldea de Ars, bajo la mirada y dirección del Santo Cura, tenía finalidad, interés y relación con las necesidades del pueblo... El método que empleaba era activo, en su sentido más amplio, porque tendía a hacer obrar el bien. Su forma de enseñanza, peculiar y única. Su acción, oral y directa; animada y adaptada a la edad y circunstancias; sobria, con la sobriedad de la virtud más austera; clara, con la claridad de la verdad; sencilla, con la sencillez del Evangelio; corta, para que nadie faltara a sus deberes; pero larga porque duraba día y noche y la vida entera... Respecto a disciplina buscó en todo momento la colaboración de la familia.

Recuerdo ahora la expresión de una de vosotras, antes la visión en conjunto de esta escuela modelo:

"El Cura de Ars tenía experiencia, años y aptitudes. ¿Puede compararse a nosotras que terminamos de salir de la Escuela, no conoce

mos las necesidades de los pueblos, no tenemos ni años, ni experiencia, ni carácter?"

¡Pobre Cura, en sus primeros choques con la realidad! ¡Era joven e inexperto; de palabra torpe; con pocos recursos humanos; naturalmente tímido e insociable...! ¡Qué trabajos para ponerse en contacto con las almas! Pero era necesario para su labor, y las buscaba... Vosotras no habéis de esperar que os lleven a las niñas a la escuela, es preciso que vayáis también a buscarlas. Buscarlas visitando los hogares, pero no en visita de mera curiosidad o conveniencia social, sino en propia visita de apostolado. A la salida de la escuela, hoy os presentáis en casa de un enfermo, mañana dais la enhorabuena a la que acaba de ser madre y le lleváis un escapulario para el hijo; otro día dais el pésame a la familia que ha perdido uno de los miembros, asegurándoles que le habéis ofrecido oraciones... Estas visitas son de un provecho inestimable. ¡Son tan agradecidas las gentes del pueblo cuando ven desinterés y cariño! Y, ganando su afecto, ya podéis aconsejar, corregir, guiar, enseñar...! Si eso es lo que desean los pueblos y de lo que sienten hambre, aun más que de pan!

Cuando el Santo Cura se propuso visitar los hogares, no en todos ellos, dicen los biógrafos, la acogida fué muy benévola; sin embargo, terminó haciéndose dueño de los corazones. Comenzaba hablando de los intereses materiales, de los trabajos del campo, de las futuras cosechas... Se enteraba de la situación moral de aquella familia, de los hijos, de sus ocupaciones... Lanzaba alguna palabrita de interés, recomendaba a los hijos, como de pasada, el amor y reverencia a los padres; indicaba algo de religión propia del tiempo litúrgico y se retiraba sin producir cansancio, a veces sin sentarse, otras aceptando alguna fineza, lo cual era sumamente agradecido.

Esto debierais practicar tú, abstraída y perezosa maestrilla, que vives en el pueblo sin enterarte de nada de lo que en él pasa... Parece que vives en otras regiones; no te enteras de las penas y amarguras de aquellos con quienes materialmente vives tan unida... Así no llegarán a interesarte sus penas ni dolores,

no podrías hacerles bien, pero tampoco ellos se interesarán por nada tuyo. No habiendo contacto de almas, no es posible la labor de apostolado... Para que las almas sean tuyas —¡para Dios!— tienes que empezar tú siendo *suya*.

¡Qué obsesión tenía el Santo Cura por las almas que el Señor le había confiado! No era difícil encontrarlo por el bosque y cuando se creía solo, se arrodillaba repitiendo con lágrimas: "¡Dios mío, convertid a mis hijos...!" ¡Qué bien harían las lágrimas en vuestros ojos y la oración en los labios: "Dios mío, mis alumnas, las alumnas que me has confiado; sus familias, el pueblo!... ¡Dios mío, convierte a mi pueblo!..."

Nuestro Santo Cura no se conformó con la visita a los hogares; ya hemos visto que en ellas, en general, fué muy bien recibido, pero esto era poco. Tendría que luchar con la inercia de las gentes aferradas a sus costumbres y se propuso no dejarlas en paz hasta el día en que hubieran terminado todos los abusos, y así lo hizo. Fácilmente se convenció de que la ignorancia era el gran mal de que adolecía aquella pobre gente y deseó con grandes ansias, instruir a sus feligreses. "Materializados, sin otras miras que las cosas de la tierra, muchos de aquellos pobres niños, vivían y crecían como si no tuviesen alma". El Santo Cura las buscaba, las acariciaba, las bendecía...

¿No es así como viven también las niñas de nuestras aldeas, sin conocer al Dios único y verdadero, sin aspirar al Cielo porque no saben nada de su existencia, sin levantar los ojos al Creador?

El Santo Cura comenzó enseñando el Ca-

Acción de Gracias a la Virgencita de la Medalla Milagrosa

De todo corazón doy infinitas gracias a la Santísima Virgen María por haberme concedido una inmensa gracia que era casi imposible, después de haberle hecho muchas veces la novena de la Medalla Milagrosa.

AMELIA ESQUIVEL SAENZ
San José, Mayo de 1946.

recismo... ¿Cuándo ... Diríamos que en *se-
sión única y permanente?* A las seis de la ma-
ñana, reunía a sus madrugadores; después de
la Santa Misa continuaba la explicación de la
Doctrina y a las once tenía lugar el célebre
catecismo, al que acudían personas de toda
edad y condición social; en él había diálogos
muy interesantes; las mujeres acudían con la
cañeta o el huso, y hasta las gallinas picotea-
ban por la mesa del maestro, dando a su clase
el aspecto de mayor sencillez y encanto que
puede concebirse. Buscaba golosinas para atraer
a unos, daba estampas y medallas a otros y,
buenas palabras y mejores ejemplos, a todos.
"Al primero que llegue primero a la escuela le
doy una estampa", solía decir ingenuamente
y, para ganarla "había quien llegaba antes de
las cuatro de la mañana". Al empezar las cla-
ses procuraba excitar la atención de los pe-
queños; las reflexiones eran tan tiernas y sen-
tidas que a veces les conmovían tan honda-
mente que les arrancaban lágrimas. Después
seguían las explicaciones breves, sencillas, llenas
de singular piedad"... "Sabía inspirarles,
con sus modales afables, aquel afecto filial del
que dimana todo respeto". Gracias a los infa-
tigables cuidados de este gran Apóstol, los ni-
ños y jóvenes de Ars llegaron a ser los mejor
instruidos de la comarca. Y más tarde, an-
dando los años, esta instrucción se extendió a
todos los hombres y mujeres del lugar, pues
desde su infancia habían recibido lecciones de
un Santo. Mucho les hablaba del cumplimien-
to del deber y lo hacía sin rodeos, sin alaban-

zas inútiles. ¡Con qué dulzura y encanto les
hablaba del Cielo! "Procuramos ir al Cielo, les
decía; allí veremos a Dios. ¡Qué felices sere-
mos! ¡Si el pueblo se convierte, iréis todos en
procesión y vuestro Cura a la cabeza!" Y yo
os digo, amadísimas alumnas de la Institución
Teresiana: Si por vuestra oración y trabajo
convertís a vuestras alumnas, transformáis a
los pueblos, ¡qué procesiones más solemnes va-
mos a presenciar de almas puras, con su maes-
tra apóstol a la cabeza! Para que esto llegue
a ser una realidad, no os canséis de cultivar las
almas como las jardineras arrancar y plantar
y, sobre todo, que puedan decir de vosotras,
como de este Apóstol de nuestros tiempos:
"Nuestro Cura hace todo lo que dice y prac-
tica lo que enseña".

Mucho hemos hecho hoy y es preciso to-
mar un descanso. Aprendimos lecciones pro-
vechosas e hicimos sentidos y prácticos propó-
sitos. Pero antes de salir de Ars, en esta deli-
ciosa tarde de mayo, entremos en la Parro-
quia y postrémonos ante la Imagen de María
Inmaculada. Hoy es visita obligada... Pidá-
mosle *alguna rosa* de aquellas tan fragantes
que colocara en sus benditas manos el Santo
Cura. Es la misma Imagen a la que él con-
sagró tan solemnemente su pueblo amado; es
la que bajando repetidas veces al altar, com-
partía con él la conquista y regeneración de
las almas; es *aquella Señora* de respaldores de
cielo que vieran algunos afortunados feligre-
ses, en distintas ocasiones, conversar en la Sa-
cristía con el Santo Cura... Es la llena de gra-
cia... la Maestra bendita... la Madre de todos
los niños que no tienen escuela cristiana, que
no viven en pueblos cristianos... *¡Para todos
estos niños, flores, Madre mía!* ¡Para estas no-
veles maestras, espinas, que empujan y puri-
fican, pero también algunas flores que las sos-
tengan y las alienten en su dura labor de apos-
tolado!...

M^a Josefa Segovia.

(Del "Boletín de la Institución Teresiana",
Madrid).

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

Tienda de DON NARCISO

NOVELA

Final de "LA CHICA DEL MOLINERO"

trabajo. ¡Por ella fué; por ella! No habrá bastante amor en el mundo para pagarle "esto"... Le sigue, le sigue, con su mirada impregnada de infinita ternura, como le siguen el señor Antonio Vaquer y los hombres con otra mirada aprobatoria y con un comentario rotundo.

—El amo, debe saber hacerlo todo. Para saberlo mandar.

El momento en que este comentario escueto y aquella dulce mirada, toda amor de la esposa, caen sobre él, como una bendición o una caricia, es un momento glorioso en la vida de Luis Ribera. Siente que se ha cumplido al fin su destino: el destino que desde muy pequeño le ató con lazos irrompibles a la tierra. Y lo siente con orgullo.

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Solari,
Profesora de Cocina graduada en Bruselas.

Naranjas en Ensalada

Se parten por la mitad naranjas bien hermosas y de muy buena calidad, se vacían las naranjas, se cortan en piquitos los bordes de estas mitades para que se vean más bonitas. Se hace una ensalada de frutas de bananos, piña, duraznos conservados, fresas, papaya, uvas, toda clase de frutas picadas en pedacitos pequeños y bien regulares, se les agrega azúcar en polvo y al gusto, y un poquito del licor preferido como vino blanco, marrasquino, crema de cacao, etc.

Se rellenan las mitades de las naranjas con esta ensalada y se cubren con clara de huevo batida a punto de nieve y encima se puede colocar una fresa o una guinda.

Pan de hígado de ternero o de Pollo

Se lavan dos libras de hígado de ternero o de res, se le quitan los pellejos y se muelen. Se hace una en salsa blanca bien espesa, cuando está fría se mezcla con el hígado de ternero, en seguida se condimenta con sal, pimienta, y un poquito de nuezmoscada. Se baten tres claras de huevo a punto de nive, se le agregan las yemas y se baten bien, se les pone un poquito de sal, se mezclan con el hígado batiendo muy despacio para que no se baten las claras. Esta preparación se echa en un molde de tubo untado de mantequilla y espolvoreando con harina y en se-

guida se pone en baño de maría y en el horno caliente durante 45 minutos. Para saber si está asado se le introduce un cuchillo y si la hoja del cuchillo sale limpia está bien asado. Mientras se está asando el pan de hígado se hace la salsa siguiente.

Se pone a freír una cebolla finamente picada en una cucharada de mantequilla, teniendo cuidado que no se dore la cebolla, se retira del fuego, se le agrega una cucharada de harina, sal y pimienta, luego se le agrega una cucharada de caldo hirviendo un tomate pelado y sin semillas, se deja hervir hasta que el tomate esté deshecho, se pasa por un colador fino, se prueba para saber si tiene buen gusto. Se saca el pan de hígado del molde, se pone en una fuente, se baña por encima con la salsa y se sirve bien caliente.

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924